

Homilías

P. Daniel Valdez García

Sacerdos

• ABRIL, MAYO, JUNIO | 2020

#137

www.centrologos.org



20 años

ABRIL 5: Domingo de Ramos de la Pasión del Señor (Ciclo A)

Primera lectura: Isaías 50, 4-7; Salmo: 21; Segunda lectura: Filipenses 2. 6-11; Evangelio: san Mateo 21, 1-11; 26, 14-27, 66



“PASCUALIZATE”

Esa será la expresión que guiará la reflexión de este tiempo de gracia que inicia enfáticamente este día y avanza durante toda la Pascua.

Comencemos por repetir las veces que sea necesario que Jesucristo nos hace Pueblo de Dios y abre el camino de la resurrección y de la vida plena porque él es el único Salvador del mundo.

Esta celebración ha dado inicio con la bendición de los ramos que le da el nombre popular a este “Domingo de ramos”, sin embargo, la lectura de la Pasión, este año según san Mateo, es lo que le da el nombre completo a esta celebración: “Domingo de ramos de la pasión del Señor”.

Las lecturas de este día nos ponen delante de Dios cuyo amor es misericordioso. La profecía de Isaías nos habla del siervo que no hace resistencia a las palabras del Señor, que en él encuentra la fortaleza para llevar a cabo la obra de la redención. Y el salmo 21 nos lleva hasta la cruz de Jesús y su grito no es reclamo sino la oración del inocente: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Y el bellissimo himno de la carta de san Pablo a los filipenses hace de marco al relato de la pasión de nuestro Señor; te invito que te quedes con esto y dejes que resuene en tu interior: «Cristo Jesús siendo Dios, no consideró que debía aferrarse a su condición divina..., y se hizo semejante a los hombres. Así, hecho uno de ellos, se humilló a sí mismo y por obediencia aceptó incluso la muerte y una muerte de cruz.»

Y sobre el relato de la pasión quiero puntualizar lo siguiente: Cuando los misioneros llegaron a nuestras tierras utilizaron las representaciones como medio de evangelización, así lo hicieron durante la Navidad con las Pastorelas y en Semana Santa con la Pasión. Muchas comunidades han dejado en desuso las Pastorelas, pero no ha sido así con la representación de la Pasión, pues muchas comunidades y poblaciones han continuado dando vida a los pasajes del evangelio. Algunas tienen elementos populares y otras, se han desviado con elementos apócrifos, y otras más han exagerado los elementos pasionarios con excesos de crueldad.

Como hemos escuchado, el relato de la pasión se centra únicamente en los momentos más fuertes vividos por Jesús. Los demás personajes son presentados de manera somera y los diálogos son escasos, lo cual ha hecho que las representaciones de la pasión usen la imaginación y se excedan de muchas formas. Es urgente que como Iglesia

cumplamos nuestra misión: Evangelizar, para eso existe la Iglesia. Y la representación de la pasión requiere de la descripción que el mismo san Pablo nos ha dicho en su carta a los filipenses: Obediencia. El que obedece nunca se equivoca.

Quitar la representación de la pasión sería empobrecer una posibilidad más de evangelizar; por eso se ha evangelizar tanto a quienes participan en la pasión, como en la procesión de este domingo y en la celebración eucarística que nos ofrece el reto de presentar a Jesús vivo en la Eucaristía que sigue entrando triunfante en la Jerusalén de nuestra propia vida, el mismo que actualiza en esta misa su pasión muerte y resurrección, por eso el título de estas homilías: Pascualízate, es decir, actualízate y vive de cerca este misterio de Jesús que nos muestra el camino de la Semana Santa cuya máxima expresión está en la Pascua.

Amén, amén, Santísima Trinidad.



“PASCUALIZATE”

Es la expresión que guiará la reflexión de este tiempo de gracia que se prolonga hasta la Pascua.

Jesucristo al hacernos Pueblo de Dios y abrir el camino de la resurrección y de la vida plena se constituyó en nuestro único Señor y salvador, y así lo decimos en el credo.

Vamos a partir de que este día, Jueves Santo, por la mañana en la mayoría de las catedrales, el obispo acompañado de su presbiterio, bendijo los óleos destinados a la celebración de los sacramentos y los sacerdotes hemos renovado el compromiso que hicimos ante Dios durante nuestra ordenación.

Y esta tarde comienza propiamente la celebración del Misterio Pascual con la Misa de la Cena del Señor y el rito del lavatorio de los pies. En esta Eucaristía conmemoramos y revivimos la Última Cena: pan y vino convertidos en Cuerpo y Sangre de Cristo, mediante la fe y el amor, nos hacen entrar en comunión con él y con nuestros hermanos. Para esto, los especialistas en liturgia nos hacen presente en la comida del Cordero de la pascua Judía, cuya primera lectura tomada del libro del Exodo, pues Jesús también celebró, como los judíos, esa cena

en la noche del milagro que liberó al pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto. Lo cual celebraban solemnemente como ya lo escuchamos.

El primer relato sobre la institución de la Eucaristía, que fue escrito para los primeros cristianos, fue el texto de san Pablo en su primera carta a los corintios, y fue la segunda lectura que ha resonado en este templo sagrado, porque Jesús hizo durante esa cena el máximo acto de amor para perpetuar su sacrificio como alianza nueva y eterna.

Centrados en el pasaje del evangelio según san Juan vemos cómo es que Jesús dio un nuevo sentido a aquella solemne celebración de la pascua Judía, dando ante todo a sus discípulos una muestra del amor inmenso que les tenía y una lección de humildad y de servicio, al lavar los pies y anticipar su entrega para la salvación del mundo. Así en esa última Cena, Jesús la anticipa de lo que en la cruz realiza y en cada Eucaristía actualiza. Eso es Pascua. Y para vivir la Pascua de Jesús, es decir su paso de la muerte a la vida, estamos invitados a tener los mismos sentimientos de Jesús descritos en el relato del lavatorio de los pies.

En primer lugar, hemos de estar dispuestos a amar hasta el extremo siendo conscientes de que somos discípulos de Jesús llamados a seguirlo, a tomar la cruz y dar la vida por él y por el evangelio.

En segundo lugar, se trata de estar dispuestos a servir al estilo de Jesús, quien no vino a ser servido sino a servir. Y vale siempre la pena decir las palabras de madre Teresa de Calcuta: "Quien no vive para servir, no sirve para vivir."

En tercer lugar, dar testimonio. Se trata de convicciones, no solo de repetir tradiciones; se trata de cristalizar valores y convicciones que nos llevan a dar la vida, a servir y a estar dispuestos a lavarnos los pies los unos a los otros. Para eso Jesús nos da ejemplo.

Hoy más que nunca se necesita de seguir a Jesús con claridad y firmeza, él es nuestra Pascua. Y no hay pascua sin entrega, sin amar hasta el extremo, sin servir desinteresadamente a los hermanos aún cuando no sean ni siquiera cristianos.

Amén, amén, Santísima Trinidad.



“PASCUALIZATE”

Es la fuerza de esta expresión con que llevo el itinerario de este camino cuyo culmen es la Pascua.

El día de hoy no hay misa. Esta celebración tiene tres partes: Liturgia de la Palabras, el único día en que adoramos la Cruz y concluimos con la sagrada Comunión.

El gran profeta Isaías es quien más puede darnos un retrato del Mesías doliente, sufriente en cuyas llagas hemos sido curados. “El soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores”, son de las frases que más resuenan en este templo sagrado, en nuestra mente y en nuestro corazón. De esto ha tratado la primera lectura que nos dispone para asimilar un poco más el texto a los hebreos, que ha sido la segunda lectura, y finalmente ambas hacen marco a la proclamación del evangelio según san Juan que año con año nos hace estremecernos por la fuerza y vigor que tiene.

El pasaje de los hebreos nos pone ante Jesús como sumo, eterno y misericordioso sacerdote, capaz de compadecerse de nosotros, porque él ha recorrido nuestro camino. Ese mismo Jesús es quien “entre

gritos, clamores y lágrimas suplicaba a quien lo podía librar... sufriendo aprendió a obedecer”. Sufrimiento y obediencia no son sometimiento, sino manifestación del infinito amor con que Dios sostuvo a su Hijo, con el mismo que nos sostiene a cada uno. El sufrimiento tiene significado, es redentor. Y esto lo vemos al celebrar el paso de Jesús de la muerte a la vida, esa es su Pascua. Ayer jueves hemos recordado cómo en la última Cena anticipa lo que en la cruz realiza: Amandonos nos amó hasta el extremo de dar su vida para que nosotros tengamos vida en él.

El relato de la pasión según san Juan es como una catedral, tiene muchos detalles, para donde detengamos la mirada de fe descubriremos algo nuevo, fascinante, atrayente. Espigaré algunos aspectos al respecto.

La traición de Judas es en un huerto, en un jardín, en el lugar que debiera ser remanso y solaz aparece la sombra de la muerte, del dolor, de la entrega y no por amor.

La firmeza de Jesús al responder: “Yo soy”, los soldados retrocedieron y cayeron porque “Yo soy” es el nombre de Dios revelado a Moisés para liberar a su pueblo de la esclavitud de Egipto.

Malco, el criado y espía del sumo sacerdote, se encuentra ahí para asegurarse de que Jesús sea tomado preso. Pedro ha sacado la espada, ha sido reactivo. Ha cortado la oreja al espía Malco. Y Jesús con mansedumbre le dijo: “Mete la espada en la vaina. ¿No voy a beber el cáliz que me ha dado mi Padre?”

Jesús es atado por los soldados y la guardia para llevarlo ante Caifás; tras su muerte es atado para ser llevado al sepulcro. Jesús queda atado de los hombres y de la muerte. Jesús quedó preso de los hombres y de la muerte. De los hombres por el pecado, y de la muerte por ser esta consecuencia del pecado. Los juicios simulados y con falsos testigos ante Caifás, el sanedrín, Pilato y Herodes son una muestra de cómo se pueden confabular los poderes temporales en contra de los inocentes.

Y vamos a quedarnos con los signos maravillosos de la cruz. Estamos ante un rey cuya mansedumbre no profiere amenazas, sino que da palabras plenas de amor misericordioso y eterno de Sumo y eterno sacerdote desde el madero de la cruz, que era el peor de los suplicios para los peores criminales. Así Jesús fue contado entre los pecadores para salvar a todos, Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Por favor, hoy de manera especial mira detenidamente la imagen del Cristo crucificado que preside cada celebración eucarística, Jesús sigue con los brazos abiertos para hacerte pasar del pecado al perdón, de la muerte a la vida, de la oscuridad a la luz, del mal al bien, y de la mentira a la verdad. Eso es parte de la Pascua, del paso de Jesús de la vida a la muerte siendo vencedor del pecado y de la muerte para siempre.

Amén, amén, Santísima Trinidad.

ABRIL 12: Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor

(Ciclo A)

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 10, 34. 37-43; Salmo: 117; Segunda lectura: Corintios 5, 6-8; Evangelio: san Juan 20, 1-9; san Lucas 24, 13-35



“PASCUALIZATE”

Hoy más que nunca resuena esta expresión pues hemos iniciado el camino de la Pascua que dura 50 días como si fuera un solo día de fiesta.

“Pascualizate” es una expresión que tiene significado muy similar al de “actualízate”, es decir no pierdas tus raíces, vuelve a tus orígenes, a tus principios, a tu primer amor, o sea al amor de Dios que es personal, incondicional e infinito.

Para esto, durante este tiempo Pascual, cuya Octava de Pascua inicia hoy y termina el próximo domingo con la fiesta de la Divina Misericordia.

Nuestro calendario es lunisolar, porque para la celebración de la Pascua, la Iglesia siempre ha seguido la fecha evangélica del 14 de nisán, que es el primer mes del calendario hebreo, y tiene como base el ciclo lunar. Por eso cada viernes santo es plenilunio. Celebramos, pues la Pascua el primer domingo después de la primera luna llena de primavera.

Como seguramente lo pudiste vivir anoche en la vigilia pascual, esta es la fiesta más grande de la Iglesia para todos los que creemos en Jesucristo, hemos vuelto a los cantos del Gloria y el Aleluya y vamos a caminar juntos hasta llegar a la corona de la Pascua con la celebración de Pentecostés.

Volver a las raíces, a las fuentes, a los orígenes del cristianismo es empaparnos por dentro y por fuera de la vida de Dios que nos ha sido dada en su Hijo, porque el mensaje de la Pascua: ¡Jesús ha resucitado! se repite en cada una de las lecturas de la misa de este día.

San Pedro en la primera lectura del libro de los Hechos de los apóstoles nos hace vibrar con su afirmación de que él ha comido y bebido con Jesús después de que ha resucitado, y así puede afirmar como testigo en primera persona que ¡Jesús vive! y nos quiere vivos. Su Pascua, es el paso de la muerte a la vida para que podamos vivir con él.

Y san Pablo en su carta a los corintios, en este pasaje nos presenta al cordero pascual sacrificado y que ha resucitado, recordándonos que hemos resucitado con Jesús por bautizo y debemos llevar una vida nueva esperando su regreso. Es el motivo por el cual se recomienda en este tiempo de pascua hacer aspersion con agua bendita, con el agua bendecida en la vigilia pascual de anoche.

Y el pasaje del evangelio del apóstol san Juan nos lleva a la entrada del sepulcro vacío, que es la garantía de nuestra fe. Pues si Jesús no hubiese resucitado nuestra fe sería vana, inútil.

Ahondemos un poco en la primera lectura, en el testimonio de Pedro, de la primitiva comunidad cristiana, vayamos a esas raíces, a ese primer amor.

Todos hemos, como dice Pedro, hemos sido testigos por costumbre o por tradición, que Jesús tras su bautizo fue al desierto para ser tentado, que el Espíritu Santo es quien guía toda la ruta de Jesús que pasó haciendo el bien. Ha sanado a los oprimidos por el demonio, padre de la mentira, del engaño, la falsedad y de la muerte.

Jesús es quien ha escogido a sus testigos tras la resurrección de entre los muertos, con quienes ha comido

y bebido, mandándolos a predicar y dar testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos. Esta es la convicción más plena de la Pascua, ser testigos y predicar que quien cree en Jesús recibe por su medio el perdón de los pecados. Para eso existe la Iglesia, para anunciar el evangelio, para predicar y ser testigo del resucitado, para sanar a los oprimidos por el demonio y saber que son perdonados de sus pecados. La Iglesia debe salir, debe ser misionera, debe ir en busca de aquellos que aún viven oprimidos por el pecado y sus consecuencias. Se trata de “hacer pascua, y hacerse pascua” para los demás, de anunciar con toda la fuerza de la fe la obra de Dios realizada en su Hijo Jesús que está vivo, que ha resucitado! Por eso mismo, “Pascualízate”, retoma tus raíces, bebe de las fuentes de la salvación para ser para otros instrumento de Dios como lo fue Pedro, Juan, Pablo y muchos otros discípulos, la Pascua es una realidad aquí y ahora por que es la gran obra de Dios que avanza hacia su culminación.

¡Felices pascuas de resurrección!

Amén, amén, Santísima Trinidad.



“PASCUALIZATE”

Hoy es el segundo domingo de Pascua, hoy concluye la Octava de Pascua y celebramos el Domingo de la Divina Misericordia.

He dicho que he llamado a estas homilias “Pascualizate” porque son un reto, un desafío a volver a las fuentes, a las raíces, a nuestros orígenes de la vida con Jesús, para lo cual de una gran forma magistral los especialistas en Liturgia nos ofrecen en este tiempo de Pascua para volver a nuestro primer amor, es decir al amor de Dios.

La primera lectura que vamos leyendo de forma semicontinua tanto entre semana como los domingos está tomada del libro de los Hechos de los apóstoles que nos relata lo que vivió la primitiva comunidad cristiana. El pasaje de hoy es una clave de vida, por lo cual afirmo que si cada uno de nosotros sigue a Jesús permanece y persevera en la Iglesia, quienes no han venido a la Iglesia por Jesús por cualquier motivo se van. El seguir a Jesús hace que nos amemos unos a otros como Dios nos amó primero, de tal manera que como aquellos primeros discípulos de Jesús sin conocerse se amaban y cuidaban los unos de los otros. Y ese cuidado tiene las siguientes características:

Todos los que habían sido bautizados eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles. ¿Quiénes habían sido bautizados?, pues los que habían sido evangelizados, los que habían aceptado a Jesús como su único Señor y Salvador. Hoy en día la práctica sacramental nos lleva a varios desafíos: Uno, papás y padrinos de quienes serán bautizados, muchas veces infantes, no están evangelizados y sólo asisten a pláticas como mero requisito tramitológico; bueno, hay quienes ni siquiera se saben las oraciones básicas como el Padre nuestro, el Ave María, etc. Bautizar es la consecuencia de quien ha recibido el evangelio, en el caso de los infantes lo hacen papás y padrinos como depositarios y custodios de la fe de sus hijos y en la recepción para el sacramento se comprometieron a educar en la vida de la fe a sus hijos y padrinos. Perdón, dicen sí, pero no dicen cuando; incluso hay padrinos de bautizo a los que no vuelven a ver ni sus propios ahijados. Bautizo es consecuencia de evangelizar.

Eran constantes en la enseñanza de los apóstoles, y ¿qué enseñaban los apóstoles? A los apóstoles Jesús les enseñaba, eso dice san Marcos en su evangelio; san Mateo, san Lucas y san Juan nos dicen qué enseñaba Jesús. Y Jesús mismo afirma el Espíritu Santo les recordará cuanto yo les he enseñado, y antes de regresar al Padre celestial dijo a sus discípulos en el evangelio de Juan dice: “Como el Padre me envió, así los envío yo ...”; en el de Marcos: “Vayan por todo el mundo y anuncien el

Evangelio a toda creatura. El que crea y se bautice, se salvará". Y en el evangelio de san Mateo es contundente: "Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, vayan y hagan discípulos a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que les he mandado". Conclusión principal, no basta con bautizar es preciso evangelizar. Para eso existe la Iglesia.

Seguimos a la luz de este texto de los primeros cristianos... "Todos los que habían sido bautizados eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la comunión fraterna, decir que muchos antes de ser identificados como cristianos, ellos, los unos a los otros sin conocerse se amaban como hermanos y hermanas porque en Jesús estaba su principal centro de comunión. Jesús mismo al resucitar dio a María de Magdala la gran revelación que hasta entonces había reservado. Le dijo: "Ve y dile a mis hermanos que subo a mi Padre y a su Padre...", cierto que Jesús ya había enseñado la oración del Padre nuestro, pero aún faltaba esa conciencia de fraternidad como primera identidad. Todas las cartas del Nuevo Testamento están dirigidas a los hermanos. Así pasarán de la fraternidad a la cristiandad que poco a poco fue dándose hasta la época del emperador Constantino cuando se permitió la religión, y será entonces cuando ya se les llame abiertamente cristianos.

Proseguimos, "Todos los que habían sido bautizados eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la comunión fraterna, y en la fracción del pan y en las oraciones. Fracción del Pan es el nombre con que se designaba la Eucaristía, que hoy llamamos Misa. Fracción es Pan partir y compartir; es dar y darnos; es salir de nosotros mismos para ir al encuentro de los hermanos y de los más necesitados. Y orar es la parte esencial de la vida con Jesús y que nos da Jesús. Él mismo pasaba noches enteras en oración, para tomar decisiones importantes ora, cuando lo bautizan ora, cuando

está en Getsemaní ora y en la cruz ora.

Finalmente, dejo una sencilla conclusión. El pasaje del evangelio de san Juan donde Jesús se aparece a sus apóstoles y luego a Tomás, para mostrar la certeza de su amor en la resurrección porque él vive y los quiere vivos. La confesión de fe de Tomás: "Señor mío y Dios mío" expresa la profesión de fe de todas las generaciones hasta la nuestra. Por la gracia del bautizo todos somos "reengendrados, o recién nacidos" y tenemos la posibilidad de comprender que el Espíritu Santo nos ha hecho renacer y que Jesús por su sangre nos ha redimido. Bendita y gloriosa divina misericordia que en Jesús nos hace vernos los unos a los otros como hermanos.

Amén, amén, Santísima Trinidad.



“PASCUALIZATE”

Pasculizate, es el llamado, la invitación que significa actualizate, ubícate, es decir no pierdas tus raíces, tus valores, tus convicciones y sé testigo del Resucitado.

Este tercer domingo de Pascua tenemos la oportunidad de fijarnos como en un espejo en el pasaje del Evangelio de san Lucas sobre los discípulos de Emaús, que es como un retrato de Jesús y un retrato nuestro.

Estoy convencido de que hay tiempos litúrgicos en que la información y la formación cristiana parecen un alud entre redes sociales, impresos y mensajes incisivos y persuasivos, incluso podríamos quedar infotoxicados, con tal exceso de información que ya no sabríamos qué creer, y lo digo también la cantidad de fake news que no perdonan ni al Papa ni a los miembros de la Iglesia.

Como lo he dicho en homilias anteriores estoy haciendo la invitación para ir a las raíces de nuestras convicciones y de nuestros valores, se trata de tener como opción fundamental la persona de Jesús, eso hicieron los miembros de la primitiva comunidad cristiana. El pasaje del libro

de los Hechos de los apóstoles nos ofrecen una historia de salvación de la Iglesia cuando Jesús ha regresado al Padre. El pasaje de hoy nos lleva al acontecimiento de Pentecostés cuando Pedro se presentó a la multitud, junto con los Once, y con fuerte voz dio el kerigma, el primer anuncio gozoso de la resurrección y la denuncia del pecado de quienes lo crucificaron usando a los paganos.

Tres aspectos vamos a distinguir al respecto. Primero, Pedro es el testigo fiel que junto con los Once y los demás discípulos y discípulas conocen, como muchos, que se vieron beneficiados por los prodigios y milagros de Jesús, conforme al plan de Dios, fue crucificado, pero Dios lo resucitó. Segundo, Jesús resucitado ha sido profetizado por el rey David: “porque tú, Señor, no me abandonarás a la muerte, ni dejarás que tu santo sufra la corrupción...”. Y tercero, la certeza de que Jesús ha resucitado, de lo cual todos ellos son testigos.

La segunda lectura es de la primera carta del apóstol san Pedro nos habla de la fe en Cristo, a quien Dios lo resucitó de entre los muertos y lo llenó de gloria, a fin de que nuestra fe sea también esperanza en Dios.

Hoy, deseo dar algunas pistas de reflexión respecto a ese pasaje de los discípulos de Emaús. Pasaje que el Domingo de Pascua por la tarde en muchas

Iglesias se reflexionó ese día, y hoy todos tenemos esa oportunidad que vamos a aprovechar.

Todos en la vida tenemos un camino de decepción, el propio camino de Eamús. Jesús caminó con ellos, escuchó sus lamentos y frustraciones, se les reveló en la fracción del pan, habiéndoles explicado las Escrituras y el corazón de ellos ardía cuando Jesús lo hacía. Nada en la vida puede hacer que nosotros estemos plenamente convencidos de la presencia de Jesús si no tenemos un encuentro con él, y como decía san Juan Pablo II: “de ojos abiertos y corazón palpitante”. No hemos de buscar la Iglesia del Señor Jesús, sino a Jesús el Señor de su Iglesia, solo él puede dar sentido a nuestra existencia, eso fue lo que Pedro dio como testimonio en su discurso de Pentecostés e involucro a todos los que han vivido ese encuentro con ¡Cristo Vivo!, recomendación que al final de su carta nos da para que todos los que creemos en Jesús seamos confirmados en la fe y la esperanza ya que hemos sido salvados por la sangre de Cristo.

Amén, amén, Santísima Trinidad.

MAYO 3: 4º Domingo de Pascua (Ciclo A)

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 2, 14. 36-41; Salmo: 22; Segunda lectura: 1º carta del apóstol san Pedro 2, 20-25; Evangelio: san Juan 10, 1-10



“PASCUALIZATE”

Pasculizate, es la expresión con que he denominado a estas homilías de la Semana Santa a la Pascua, es un imperativo que implica, como dicen lo jóvenes, el “ponerte las pilas”, el activarte y ponerte al día.

Esta cuarta semana del tiempo pascual es llamada la “semana del Buen Pastor” y de eso tratan las lecturas de este día.

El indiscutible texto que nos refleja a la primitiva comunidad cristiana de los Hechos de los apóstoles hoy nos ofrece el pasaje del primer kerigma o anuncio gozoso de san Pedro el día de Pentecostés. Pedro, junto con los Once, ante la multitud les dijo con toda certeza: “Dios ha constituido Señor y Mesías al mismo Jesús que ustedes han crucificado.” El mensaje les tocó el corazón y aquel mismo día se agregaron tres mil almas de los que aceptaron sus palabras, se convirtieron y se bautizaron.

Al ser bautizados se recibe el perdón de los pecados. Y los primeros siglos lo único que había era el bautizo para eso, no había sacramento de la reconciliación o segundo bautizo. Hoy en día, sacerdotes y fieles hemos de revalorar este sacramento cuya raíz y fundamento es la Pascua,

pues de ahí brotan todos los sacramentos.

En la segunda lectura del apóstol san Pedro, que seguimos de manera semicontinua, nos asegura que Dios constituyó a Jesús Pastor y guardián de nuestras vidas, pues siendo como ovejas descarriadas, por sus llagas hemos sido curados.

Para ilustrar un poco el pasaje del evangelio de san Juan que hemos escuchado te quiero recordar lo que sucede en el sacramento del bautizo. El celebrante recibe a papás, padrinos y bautizando en la “Puerta de la Iglesia”. Todas las puertas de las iglesias deben ser grandes, hermosas y significativas porque Jesús es realmente la Puerta de la Iglesia, y él es a quien representan.

En la Puerta de la Iglesia se recibe a quienes se van a bautizar, a hacer su primera comunión, confirmación (pero como casi siempre son muchos ya no se hace), a quienes se van a casar y los difuntos. Es decir, que la vida cristiana de cada uno de nosotros va de la cuna a la tumba y la “Puerta de la Iglesia” va del principio al fin de nuestros días.

Con toda razón Jesús asegura que él es la Puerta del redil del rebaño, no entrar es ser otra cosa menos oveja suya. Él es el Pastor de las ovejas que

nos llama por nuestro nombre, nosotros las ovejas hemos de reconocer su voz y él mismo nos conduce para apacentarnos, como dice el salmo 23: “El Señor es mi pastor, su vara y su cayado me dan seguridad, en pastos tranquilos me hace reposar”. No tener a Jesús como centro de nuestra propia vida es no haber hecho la opción fundamental por Cristo. Quien se va de la Iglesia por otros motivos, no vino ni persevero por Jesús.

Jesús, Buen Pastor y Puerta del redil es el único que puede salvarnos y darnos vida en abundancia. Jesús dio su vida por nosotros, los otros pastores viven de las ovejas esquilando su lana y ganando de su leche. Por el contrario, Jesús busca a la oveja perdida, la lleva sobre sus hombros y la devuelve al rebaño; Jesús nos conoce y nos llama por nuestro nombre, nosotros reconocemos su voz y lo escuchamos. Esto tiene un enorme y profundo significado. Los sacerdotes somos pastores por Cristo y en Cristo, pero junto con todos los fieles católicos somos ovejas del rebaño de Jesús. Para los fieles somos pastores, no dueños del rebaño; y junto con los fieles somos ovejas que escuchamos la voz del Pastor, entramos por él como Puerta de la Iglesia y recibimos la vida divina que se nos da en los sacramentos.

Cada vez que un sacerdote celebra un sacramento él mismo se constituye fuente inagotable de gracias porque la Misa y los demás sacramentos no son de él, sino de Jesús. El santo sacrificio eucarístico ni siquiera es de quien pide la intención o ceremonia es de Cristo y de la Iglesia. Los sacramentos no son rituales son acciones vivas y significativas que transmiten lo que Jesús mismo hizo en su vida, en su muerte y en su resurrección. Dios quiera nadie perdamos este sentido del misterio de lo divino y nadie confundamos los sacramentos con meros eventos.

Amén, amén, Santísima Trinidad.



“PASCUALIZATE”

Con la fuerza y el dinamismo de la expresión Pascualizate he querido imprimir a estas homilías esa energía que tienen las palabras activate, actualizate a la luz de la primitiva comunidad cristiana.

Hoy es 10 de mayo y en México celebramos a todas las mujeres que tienen la dicha de ser madres, ellas siempre son fuente de vida, de amor y de ternura.

Ya estamos en la quinta semana de pascua y las lecturas en domingo y entre semana nos llevan por el camino recorrido por aquellos primeros cristianos que tuvieron la fuerza necesaria para vivir como hermanos amándose y cuidándose los unos a los otros porque su fe estaba bien firme en Jesús muerto y resucitado. Ese amor real y vivo los llevo a acoger los distintos ministerios para el servicio de la comunidad. El pasaje del libro de los Hechos de los apóstoles nos ha referido que los judíos helenistas (griegos) se quejaron de que las viudas pasaban necesidad. No sabemos si ese grupo de mujeres eran viudas en el sentido de la palabra que hoy usamos o el inicial grupo de mujeres consagradas a Dios, que morían para este mundo y por eso se les llamó viudas. Lo importante es que ese suceso llevó a los apóstoles a organizar el ministerio de los “diáconos” o “servidores” para

que administraran los bienes. Así los apóstoles se dedicarían a la oración y al servicio de la Palabra. Y termina diciendo que eligieron a siete varones cuyos nombres son: Esteban, Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Pármenas y Nicolás. De los cuales solo sabemos que también predicaron Esteban y Felipe. La comunidad seguía creciendo al grado de que un grupo numeroso de sacerdotes aceptaron la fe.

Sin el testimonio la Iglesia no crece, se vuelve autoreferenciada, se dedica a pequeños grupos y abandona su tarea principal, ser Iglesia misionera, en salida, ir a las periferias, evangelizar es su misión.

La lectura de este día sobre el pasaje de la primera carta de Pedro nos hace reflexionar en una realidad maravillosa, somos un pueblo sacerdotal. Por la gracia del bautizo, recordaras en la segunda unción con el santo crisma en la cabeza, el sacerdote dice: “sacerdotes, profetas y reyes”. Ese sacerdocio se llama bautismal, real o común y es el que nos faculta para que todos podamos ofrecer a Dios sacrificios y ofrendas espirituales y agradables a Dios. La Iglesia es pueblo de Dios, somos de su propiedad, le pertenecemos, por eso seguimos el camino recorrido por Jesús, así todos los miembros de la Iglesia de Jesús formamos ese “sacerdocio real”.

En el evangelio de san Juan volvemos a escuchar las palabras que Jesús dijo a sus discípulos el jueves santo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”, Oírlas hoy a la luz de la resurrección nos ayuda a comprender por qué en la primera comunidad cristiana eran llamados el Camino, pues Jesús es el camino que hemos de recorrer, preguntate siempre: ¿qué haría Jesús en tu lugar?, por cierto, alguna vez alguien me dijo: pero no tuvo suegra, ¿yo cómo le hago?, claro que Jesús tuvo suegra, y muchas! La Iglesia es su esposa, y está Iglesia está constituida de madres que también son suegras y le están constantemente acicateando a Jesús más como suegras que como fieles discípulas suyas.

Jesús es la Verdad que debe ser proclamada de palabras y de obras. Jesús murió públicamente por ti, vive tu fe sincera y en público, no te quedes encerrado y en la intimidad, Jesús es la Verdad que nos hace libres y felices. Para eso dio su vida, para eso nos dejó su palabra y para eso sigue actuando y sigue revelando su amor por todos sin exclusión ni exclusividad.

Jesús es la Vida, pero no esta vida meramente biológica que pretende ser manipulada desde distintos planos. Es la vida plena y eterna que comienza aquí y ahora, en el día a día, en la cotidianidad de la vida, en lo ordinario de cada uno, pero lo importante es hacer que sea extraordinario. Cuando en la vida haces lo que haces y te estresas no eres feliz, lo haces por compromiso, por necesidad. Cuando haces el día a día por amor, por generosidad eso se llama pasión. Y quien vive con pasión es feliz y disfruta cada día y cada momento como si fuera el único, el último y el primero de su vida.

Amén, amén, Santísima Trinidad.



"PASCUALIZATE"

Pascualizate es la palabra con que denominé estas homilias de Pascua que son un reto a volver al primer amor, al amor de Dios. Como cuando Jesús resucitado dijo a sus discípulos: "Vayan a Galilea, allá los veré".

La semana pasada fuimos sabiendo un poco más acerca de la expansión inicial de la Iglesia con un nuevo ministerio con el servicio del diaconado a los siete varones helenistas que se dedicaron a la caridad, aunque el diácono Esteban y el diácono Felipe también evangelizaron como nos lo cuenta el pasaje de hoy del libro de los Hechos de los apóstoles; Felipe ha conquistado para la fe en Jesús a la comunidad de Samaria y los apóstoles Pedro y Pablo fueron a esa comunidad para confirmarla y conferir a sus miembros el Espíritu Santo.

Conferir es de suma importancia, se confiere el don del sacerdocio, el don del Espíritu Santo. Cada sacramento nos confiere la gracia de identificarnos con Jesús. Jesús es el centro y motivo esencial de toda comunidad, sin Jesús no hay comunión, no hay gracia, no hay configuración ni identificación con él. Eso aconteció en Samaria, en esa expansión inicial de la Iglesia y sigue sucediendo hoy en día, por el Espíritu Santo que se nos confiere. Al final, los sacramentos son obra y gracia del Espíritu

Santo.

La segunda lectura, que ha sido tomada de la primera carta de san Pedro, es precisamente la exhortación a vivir el misterio pascual de Cristo, que murió en su cuerpo y resucitó glorificado. Sin cruz no hay gloria; amor que no se crucifica no fructifica. No hay santo sin cruz, ni cruz sin santo. Eso es precisamente la identificación o configuración con Jesús, lo había dicho: "quien quiera seguirme que tome su cruz."

San Juan, en el pasaje de su evangelio que hoy hemos escuchado, nos hace resonar las palabras de Jesús en el cenáculo acerca del mandamiento del amor que Jesús ha dado, escuchamos que llama al Espíritu Santo, el "otro Paráclito", palabra griega que significa, "el argumentador, el defensor, el que ilumina, el que consuela". El Espíritu Santo es el gran protagonista de la obra de la evangelización, fue lo que escuchamos en la primera lectura, puesto que los primeros conversos de Samaria tras la predicación del diácono Felipe recibieron el bautizo en nombre de Jesús, pero no se les había conferido el Espíritu Santo, para eso los apóstoles enviaron a Pedro y a Juan, quienes les impusieron las manos y así lo recibieron siendo confirmados en la fe que habían recibido.

Hoy en día también hay personas que tienen fe,

tienen conocimientos, aman a Jesús, han recibido sus sacramentos, pero no han tenido su encuentro con Jesús de "ojos abiertos y corazón palpitante"; son buenos, cumplen los mandamientos y hasta son devotos, pero no lo siguen ni lo sirven, corren el peligro de quedarse en ritos. Tienen hasta un conocimiento intelectual, pero les falta la experiencia del encuentro con el Resucitado que transforme toda su vida, que le de sentido a toda su entrega y servicio. Y entonces sabra no de oídas sino de experiencia propia que no nos deja desamparados y que los demás lo verán a través de nosotros porque permanece en nosotros, que él está en el Padre, nosotros estamos en él y él en nosotros, aunque te parezca una brizna de la luz de Dios así es. Vívelo, si ya lo viviste profundiza tu encuentro con Jesús vivo y que quiere que vivas.

Amén, amén, Santísima Trinidad.

MAYO 24: La Ascensión del Señor (A)

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 1,1-11; Salmo: 46; Segunda lectura: Efesios 1, 17-23; Evangelio: Mateo 28, 16-20.



"PASCUALIZATE"

Hoy sí estamos de lujo, en el pasaje del Evangelio de san Mateo, al final, escuchamos ese gran misterio del Emmanuel, "Dios con nosotros", así lo anunció el ángel a san José, y así lo dice Jesús a los apóstoles al ascender a los cielos: "yo estaré con ustedes hasta el fin de los siglos." Así pascualizate es la expresión con que he nombra a estas homilías, que terminan la próxima semana con la solemnidad de Pentecostés; pues pascualizate significa "sumergete, empapate de Dios." Y eso vamos a hacer hoy en esta solemnidad de la Ascensión de Jesús que retorna a la derecha del Padre.

La segunda lectura tomada de la carta del apóstol san Pablo a los efesios dice que con "extraordinaria grandeza de su poder, el Padre de la gloria, resucitó a Cristo de entre los muertos y lo hizo sentar a su derecha en el cielo... lo constituyó cabeza suprema de la Iglesia". Penetrando así el misterio de la nube que lo escondió.

San Lucas en su libro de los Hechos de los apóstoles, desde el inicio dicha partida del Señor al cielo. O sea que Jesús no se ha ido para abandonarnos y dejarnos en orfandad, sino que subió a la diestra del Padre como un supremo acto de justicia al haber cumplido la voluntad de su Padre y asumir hasta las últimas consecuencias ese plan de salvación.

Prometió a los apóstoles que había elegido que serían bautizados con el Espíritu Santo, pues tras su resurrección "se les apareció, les dio numerosas muestras de que estaba vivo y durante cuarenta días se dejó ver por ellos y les habló del Reino de Dios."

Los que estaban reunidos vieron cómo se fue elevando a la vista de ellos, hasta que una nube lo ocultó a sus ojos... Mientras miraban, dos hombres vestidos de blanco les dijeron: "Galileos, ¿qué hacen allí parados, mirando al cielo? Asegurándoles que Jesús volverá como lo han visto alejarse.

Esa primitiva comunidad cristiana recibió la misión de evangelizar, de ser testigos en "toda Judea, Samaria y hasta los últimos rincones de la tierra". Ser testigos es el sello para lo cual recibirían el bautizo con el Espíritu Santo. La misión de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, es evangelizar, dar testimonio, anunciar la buena nueva de la salvación y denunciar valientemente el pecado para que se conviertan y con fe acepten firmemente a Jesús como único Señor y salvador, y eso es precisamente lo que decimos en el credo domingo a domingo renovando de mente y corazón nuestro compromiso bautismal.

San Mateo, por su parte, nos acerca este acontecimiento de los misterios de la vida de Jesús haciéndonos referencia a los términos de dicha misión confiada a sus apóstoles. Por una extraña tradición se ha llamado al apóstol santo Tomás el agnóstico, el que dudo, pero a decir verdad no fue el único, el pasaje de los discípulos de Emaús nos deja claro que otros más dudaron. Hoy mismo el pasaje del evangelio desde el inicio dice que “en Galilea, donde Jesús los había citado, al ver a Jesús los Once discípulos se postraron, aunque algunos titubeaban.” Dudar es muy propio del ser humano, incluso el que no duda no madura, pero en la fe el que duda no recibe lo que espera, y el apóstol Santiago en su carta asegura que, si pides lo que necesitas, pero dudas, pues no lo recibes.

Amén, amén, Santísima Trinidad.

El llamado mandato misionero se dio con estas características descritas por Jesús: “me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan, pues, y hagan discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo cuanto yo les he mandado, y sepan que yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo.”

Esta ocasión me permití repetir varios textos de las lecturas porque veo casi imposible explicar parte por parte, el solo final del evangelio es motivo de una tesis doctoral. Así que avanzaremos hacia una conclusión final. No perdamos el respeto a este misterio de la vida de Jesús, la ascensión, el subir al cielo, el ser colocado a la derecha del Padre y estar con nosotros hasta el fin del mundo da toda una congruencia maravillosa al evangelio de san Mateo, que al narrar el pasaje de la revelación que el ángel hizo en sueños a José diciéndoles que el hijo que María espera había sido concebido por el poder del Espíritu Santo, y sería el “Emmanuel, el Dios con nosotros.” Así que en toda acción evangelizadora de la Iglesia es Jesús mismo quien actúa con ese todo poder que se le dio en el cielo y en la tierra.



“PASCUALIZATE”

Seguramente que durante este tiempo has tenido la ligera impresión de que damos vueltas sobre un mismo tema: El Resucitado que confió su misión a su Iglesia, y más con la palabra pascualizate que elegí para nombrar a estas homilías. Y tienes razón, pero no del todo, porque precisamente la Resurrección es la clave fundamental de todos los misterios de la vida, pasión, muerte, resurrección y glorificación de Jesús el Hijo de Dios. Sin la resurrección, dice san Pablo, nuestra fe sería inútil.

Hoy es la celebración de Pentecostés, la corona de toda la celebración de la Pascua, pues es la promesa del Padre en todo el Antiguo Testamento y el cumplimiento de esa promesa que da fundamento a todo el Nuevo Testamento. Muchas comunidades ayer tuvieron su vigilia de Pentecostés cuyo objetivo fundamental es acoger al Espíritu Santo derramado en nosotros para manifestar sus dones, frutos, carismas y manifestaciones. Y veo que la mayoría se queda sólo con los siete dones, e incluso con éstos se decoran los templos.

Y no podía faltar en las lecturas de este día el pasaje del libro de los Hechos de los apóstoles que nos da cuentas de ese acontecimiento de Pentecostés en la primitiva comunidad cristiana, y nos describe en detalle lo sucedido. Versículos antes, en el

capítulo uno se nos ubica en Jerusalén en la casa donde se celebró la última cena, ahí donde estaban reunidos unos, ciento veinte y María era punto de unión perseverando en la oración, pues algunos aún tenían miedo, ya que habían sido testigos de cómo habían dado muerte a Jesús y temían a los judíos. Ahí va a ocurrir el gran ruido venido del cielo, como un viento fuerte que resonó por toda la casa, aparecieron lenguas de fuego que se distribuyeron y se posaron sobre ellos, se llenaron todos del Espíritu Santo. O sea, que como lo dicen todos los evangelios al referirse desde su inicio a otros como Zacarías o el anciano Simeón, al quedar libres de todo miedo e incertidumbre se es lleno del Espíritu Santo, y eso mismo se dirá del diácono Esteban. Cuando el ser humano se dispone para Dios, solo puede quedar lleno del Espíritu de Dios. Como la primitiva comunidad cristiana no busca los dones del Espíritu Santo, busca al Espíritu Santo que colma de dones, frutos, carismas y diversas manifestaciones.

San Pablo en su primera carta a los corintios, que es la segunda lectura, nos asegura que nadie puede llamar a Jesús Señor, si no es bajo la acción del Espíritu Santo. A decir verdad, todo el tiempo en los misterios de Cristo está presente y actuante la Santísima Trinidad, el Padre es el origen, el plan es de él, el Hijo lo lleva a cabo, y el Espíritu Santo es la fuerza de lo alto que acompaña a hacer posible ese plan que el Padre había querido realizar en su Hijo.

Unas palabritas sobre la secuencia de Pentecostés que antecede el pasaje del Evangelio de san Juan. Es una invocación e incitación a que el Espíritu Santo actúe entre nosotros para que vivamos siempre ese nuevo Pentecostés y no sólo año con año, pues nos acompaña de la cuna a la tumba.

San Juan y san Pablo nos hablan del Espíritu Santo como principio de unidad, delieando de una forma muy plastica en los Hechos de los apóstoles al hablar de las lenguas que se entendían como si fuera una sola. El mensaje del evangelio es tan sencillo que se ha de entender como si fuera una sola lengua, dirá san Pablo: "si yo, otro o un ángel les predica otro evangelio, sea anatema". Por eso, san Juan nos relata que la misma noche de la resurrección en que Jesús se presentó en medio de ellos, ellos se llenaron de alegría, recibieron de Jesús la paz, el envío y el soplo divino con el cual les dio el Espíritu Santo para perdonar, para unir, para caminar con esa Fuerza que viene de lo alto, para ser los testigos del resucitado en todo el mundo.

Pentecostés es la fiesta de la unidad en la diversidad de dones, frutos, carismas y manifestaciones que Dios da por medio del Espíritu Santo para edificar la Iglesia y para que haya más testigos y profetas en un mundo desgarrado por diversas causas. Donde está el Espíritu Santo hay unidad, hay Cuerpo místico de Cristo vivo y que vive en plenitud.

Amén, amén, Santísima Trinidad.



Iniciamos la segunda parte del tiempo ordinario que termina con la Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo. Es tiempo de madurar, de crecer, de dar buenos frutos, su color litúrgico es verde y a propósito significativo.

Con la celebración de esta solemnidad nos acercamos al misterio central de toda nuestra vida con Dios: La Santísima Trinidad.

La Sagrada Escritura usa superlativos como "Altísimo, Santísimo", y es el motivo de llamarle, "Santísima" siendo la máxima revelación de Dios para la humanidad dado por su Hijo Jesús.

El pasaje del libro del Exodo que hemos escuchado en la primera lectura, tomada del libro del Éxodo, nos hace ver que siguiendo a Moisés vamos a encontrarnos con el Dios Altísimo que es infinitamente cercano, fiel, comprensivo y misericordioso, a quien le habla de modo familiar y le pide que muy a pesar de la dureza del corazón de su pueblo lo toma como "cosa suya".

La experiencia de Dios Uno y Trino está presente en los saludos y contenidos de las cartas del apóstol san Pablo, como es el caso de la tomada de su segunda carta a los corintios: "La gracia de nuestro

Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén siempre con ustedes." Fórmulas que incluso escuchamos en los saludos litúrgicos y no deben quedarse en el mero rito, sino que uniendo palabras, mente y corazón han de expresar la esencia y fundamento de toda nuestra vida con la Santísima Trinidad. Por cierto, desde que estaba yo en el seminario siempre he escrito las homilías, y tengo muy presente que siempre las terminaba diciendo: "Amén, amén, Señor Jesús, pero en mi primer año como sacerdote al celebrar esta solemnidad quedé plenamente convencido de la importancia de calar más y mejor nuestra vida de la Santísima Trinidad, y es el motivo por el cual termino las homilías con la frase: "Amén, amén, Santísima Trinidad."

Estoy convencido, también de que este gran misterio es el más difícil de penetrar con nuestro solo esfuerzo humano, pero tampoco debemos renunciar a esforzarnos en acercarnos más y más con fe, esperanza y amor. El pasaje del evangelio de san Juan es la pauta para esto: Dios Padre nos entregó a su Hijo por su inmenso amor. Y este Hijo de Dios nos envió a su vez al Espíritu Santo, de tal manera que nos encontramos frente a la Santísima Trinidad al contemplar lo que dijo san Pablo al final de la lectura que hicimos hoy de su carta.

San Juan en ese capítulo 3 nos da cuentas del encuentro que tuvo Jesús con Nicodemo y ahí, en la

quietud de la noche, le reveló que por ese inmenso amor Dios nos había dado a su Hijo, y es un amor al mundo, donación que no fue para condenarlo sino para salvarlo.

Amén, amén, Santísima Trinidad.

La fe es la puerta de entrada a ese amor de Dios en la donación del Hijo, cuya esperanza nos hace ganar la vida eterna. Una fe viva, anunciada, celebrada y compartida de manera comprometida. La Santísima Trinidad es familia, es comunidad de personas, de vida y de amor, de quien brotan todas las vocaciones en la Iglesia, todas las acciones y toda misión que le sea confiada de manera universal o particular, siempre para ser anuncio de salvación. La Iglesia brota del mismo corazón de Dios.

La fe es lo único que nos hace posible acceder a la voluntad salvífica de Dios, pero el no creer imposibilita la salvación, fe que se centra en el Hijo único de Dios. Claro que puede haber quien no crea por ignorancia, por falta de formación o por error pues hay tanta gente dolida y escarnecida que no puede entender ¿cómo este Dios de amor infinito permite el sufrimiento o la injusticia? La respuesta no agota, pero ayuda acerca: Dios nos dio el libre albedío, él respeta nuestra libertad, es más se pone de rodillas ante nuestra libertad. Nosotros somos quienes nos tenemos que hacer responsables de nosotros mismos y de las consecuencias de nuestros actos. Dios espera siempre nuestro retorno para abrazarnos en la hoguera de su amor trinitario. Dios no se cansa de esperarnos como el Padre misericordioso de la parábola del hijo prodigo para hacernos participar de la fiesta de los hijos de Dios y de la comunidad.

JUNIO 11: El Cuerpo y la Sangre de Cristo

(Ciclo A)

Primera lectura: Deuteronomio 8, 2-3. 14-16; Salmo: 147; Segunda lectura: Corintios 10, 16-17; Evangelio: san Juan 6, 51-58.



Como todo jueves, este también es eucarístico en memoria de la Cena del Señor, pero tiene la peculiaridad de que celebramos la solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo, en latín "Corpus et sanguinis Christi", pero la piedad popular la ha nombrado solo "Jueves de Corpus".

Hoy vamos a beber y a comer de las fuentes de la salvación, cuyos orígenes son figura y anuncio desde el Antiguo Testamento, la primera lectura tomada del libro del deuteronomio nos refiere que mientras el pueblo de Israel caminaba por el desierto, Dios mismo los alimentaba proporcionándole el maná, y que en "aquella tierra árida hizo brotar agua de la roca más dura" para saciarle la sed.

San Pablo en la segunda lectura, tomada de su primera carta a los corintios, asegura que todos los que creemos en Cristo formamos un solo cuerpo al participar todos del cuerpo del Señor y al compartir su cáliz. Cristo nos une por medio de su sangre y de su carne.

Y el pasaje del evangelio, tomado del evangelio de san Juan, nos ayuda a dar el paso de la fe, de cómo el maná y el agua de la roca sostenían el cuerpo del pueblo peregrino por cuarenta años en el desierto árido, pero no evitaba la muerte de los que lo comieron y bebieron. Ahora en cambio, con la venida de Jesús, el verdadero pan del cielo y

su sangre son comida y bebida de salvación: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna". Y la bellísima secuencia nos da claves importantísimas para evangelizar la piedad popular y no quedarnos solo en el "traje de inditos", la foto y las mulitas, veamos con atención.

Afirma la secuencia que Jesús es "nuestro Pastor y Guía". Ante su grandeza nuestra alabanza es mínima. Doce fueron los que primero lo comieron como pan y después todos... ¿Todos? es la gran pregunta pues yo veo que la mayoría de los que asisten a misa ¡no lo comen!, en las mismas palabras de la consagración escuchamos cómo el sacerdote pronunciando las palabras de Jesús dice: "Tomen y coman todos...; tomen y beban todos." Ese todos tiene que cuestionarnos a los celebrantes y a la asamblea ¿por qué la mayoría de los que asisten no comulgan?

La celebración gloriosa de esta institución es un reto para que celebrantes y fieles nos animemos a dar los pasos necesarios para que muchos, es más todos los que lo puedan hacer reciban el cuerpo de nuestro Señor, no sé. Tal vez habrá que dar más oportunidades de confesión, de superar aquello de "confesarse y comulgar al menos una vez al año", aquello de la oración de comunión espiritual de la Adoración nocturna: "al menos ven a mí espiritualmente ya que no puedo recibirte sacramentalmente". Nuestro Dios es el Dios del

más, del plus, no es del al menos, ni del menos. Dios siempre da más y más.

Amén, amén, Santísima Trinidad.

Esta es la nueva Pascua que termina con el peso de la antigua Ley, así dice la secuencia. El pueblo del desierto comía y bebía, pero en su pecado se quedaba; el cuerpo y la sangre de Cristo son comida y bebida para la vida eterna, para la salvación. ¿Cómo es posible que teniendo el remedio a nuestros males no nos acerquemos a comer y beber el cuerpo y la sangre del Señor?, ¿por qué quedarse en el pecado solo mirando comulgar a los demás si yo también me puedo alimentar del Señor?, pues eso es precisamente un problema de la asamblea que puede ser muchas veces por ignorancia, por rutina o por falta de formación. Nadie debe quedarse sólo en la ropa tradicional, en la procesión o en la foto, Jesús es nuestra salvación, hemos de llegar a él, por eso los altares de las Iglesias están en el centro, esa debiera ser la meta de todo el que se acerca a misa, llegar a la mesa santa, a la mesa del sacrificio y participar del cuerpo y la sangre de Cristo. Eso sí sería una verdadera fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo, del "Corpus et sanguinis Christi". ¿No será que esa expresión popular de solo decir "Corpus" le quita el misterio que celebramos y por eso no nos acercamos a lo más importante que es la sagrada comunión?

Finalmente, porque no quiero agotar la reflexión de toda la secuencia, me quedo con lo siguiente: "El pan que del cielo baja es comida de viajeros. Es pan para los hijos." Todo el que se experimenta hijo de Dios se acerca con confianza a la mesa, ¿cuánto más si se trata de la mesa santa de la Iglesia?, la mesa de la familia de Dios, la mesa que se ofrece a todos sin exclusión ni exclusividad. Celebremos más y mejor esta solemnidad participando, no solo oyendo, comiendo el cuerpo del Señor, no sólo viendo cómo se alimentan los viajeros porque son hijos de Dios.



Seguiré el esquema del Concilio Vaticano II: Ver, Juzgar y Actuar, para proponer a su consideración la homilía, como lo hice en las otras semanas de tiempo ordinario, puesto que hoy lo retomamos con esta semana undécima.

1. VER. El pasaje del Antiguo Testamento de la primera lectura, tomado del libro del Exodo, Dios habla a su pueblo como un padre a su hijo, usa imágenes hermosas como aquella del águila que lleva en sus alas a su nidada, como especial tesoro de entre todos los pueblos, aun cuando toda la tierra le pertenece, solo pide escuchar su voz y guardar su alianza. Dios no deja de escoger a su pueblo. Ver estas imágenes de alto impacto son verdaderamente fuertes para el entendimiento, el sentir y el pensar, el problema está en que hoy en día la gente observa poco, la mayoría de jóvenes y niños están atrapados en un mundo virtual y de tecnología, hay quien en su vida no ha visto un pastor con sus ovejas, un águila volar con sus polluelos, el agua que brota de un manantial, un amanecer o atardecer en la playa; bueno, para acabar pronto, ni siquiera han visto cómo una gota de rocío refleja la bóveda celeste!

2. JUZGAR. San Pablo, en la segunda lectura tomada de su carta a los romanos, nos habla de la prueba suprema que Dios nos ha dado cuando éramos pecadores: Cristo murió por nosotros, y concluyé que ahora que hemos sido reconciliados participaremos más abundantemente de la vida de su Hijo. Y no sólo eso, sino que también nos gloriamos en Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo... La gloria de este mundo es pasajera, todo poder acaba, y todo poder corrompe, pero también el no poder. Qué importante es guardar el equilibrio, pues humanamente somos muy frágiles y con facilidad podemos llegar a marearnos subiéndonos a un disco compacto. La gloria de este mundo es efímera como el humo, hoy podemos y mañana ya no. El discípulo de Jesús no ha de poner su confianza en los poderes y bienes temporales sino en los eternos.

3. ACTUAR. Jesús otorga a sus apóstoles el mismo poder que el Padre le ha dado para anunciar el evangelio, el reino de Dios. Ese poder es el signo de la gratuidad de Dios, así como lo fue la elección de esos doce, sin mérito alguno.

Ante todo, esto que hemos espigado en las lecturas de este día ¿qué conclusiones podemos sacar para nuestro diario vivir? En primer lugar, que Dios no

deja de revelarse a sus criaturas, como un padre se manifiesta a sus hijos en sus obras. Obras son amores, y acompaña de palabras firmes porque en él hay una autoridad que sólo se la ha dado a su Hijo. Las obras de Dios manifiestan no solo su poder, sino su amor. “Un día lo grita a otro día, y la noche a la noche se los murmura”, como dice el salmo. Segundo, el cuerpo y la sangre de Jesucristo son el medio más eficaz de reconciliación y del poder de darnos la gracia que hemos perdido. Ese alimento de salvación no es ningún premio, sino comida y bebida de salvación para nosotros pecadores. Y finalmente, sabiendo Dios de nuestras limitaciones ha querido necesitar de nuestra colaboración para proclamar su reino de paz, justicia y pan para todos. En Dios hombre y mujer tienen la misma dignidad, todo ser humano debe ser tratado como hijo de Dios porque al fin y al cabo somos hechura de sus manos. Quien no ha contemplado detenidamente a la naturaleza no tiene experiencia de Dios creador, y quien no contempla el misterio de la entrega de Jesucristo en cada Eucaristía ha hecho de su asistencia a misa mero cumplimiento de rutina y ya no se empapa de Dios por dentro y por fuera por lo cual no puede ejercer poder de Dios que ha recibido gratuitamente.

Amén, amén, Santísima Trinidad.

JUNIO 19: El Sagrado Corazón de Jesús

(Ciclo A)

Primera lectura: Deuteronomio 7, 6-11; Salmo:102; Segunda lectura: 1° carta san Juan 4, 7-16; Evangelio: san Mateo 11, 25-30.



Hoy celebramos la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús. La tradición dice que en 1673 fue a Santa Margarita María Alacoque a quien se le reveló, y sin contradecir hemos de saber que antes otros santos recibieron revelaciones o hablaron acerca del Sagrado Corazón de Jesús. En el 1260, santa Angela de Foligno; siglo XII, santa Lutgarda; en el siglo XIII, Santa Matilde y santa Gertrudis; En 1366, el beato Enrique Suso; en 1380, Santa Catalina de Siena; 1416, santa Juliana de Norwich; 1582, Santa Teresa de Avila; 1622, San Francisco de Sales, San Juan Eudes y otros más.

La devoción al sagrado corazón de Jesús está bien fundamentada en la Sagrada Escritura. Además, como dijo el Papa Pío XII: "El culto que se tributa al sagrado corazón de Jesús está arraigado en la Iglesia, que se apoya profundamente en los evangelios; un culto en cuyo favor está claramente la Tradición y la sagrada Liturgia, y que los mismos romanos pontífices han ensalzado con alabanzas tan multiplicadas como grandes."

Celebrar el corazón de Jesús es celebrar el mismo amor de Dios. Ya desde el Antiguo Testamento Dios había preparado a su pueblo para revelarles ese gran amor al liberar al pueblo de sus opresores, la primera lectura tomada del libro del deuteronomio dice con suprema claridad: "Dios te ha elegido por el amor que te tiene y para cumplir el juramento hecho a tus padres. Por eso, el Señor te sacó de la

esclavitud de Egipto.

La segunda lectura tomada de la primera carta de san Juan, obra de la comunidad joánica, nos exhorta a amarnos con el mismo amor de Dios, pues ese amor lo llevo a enviar a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. Puesto que "quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, permanece en Dios y Dios en él." Esta declaración no es ningún romanticismo, ni parábola o alegoría sino la más nítida realidad trascendente, es más lo importante no es que Dios esté en tu corazón, sino que tú lo estés. Recuerda cómo dijo al rey Saúl que desobedeció: "Se busca un rey según el corazón de Dios"; y con el profeta Jeremías Dios promete: "les daré pastores según mi corazón."

San Mateo, en el pasaje del evangelio, nos hace tocar el corazón sencillo y humilde de Jesús, él cual nos invita a ir a él. Dicha sencillez, que muchos traducen como manso, cuya palabra en griego es "Tapeinoi" y significa "pequeño", "sencillo"; es todo un estilo de vida. Como el manso cordero llevado al matadero, por eso alguno traducen manso. Pero es mucho más significativo y explicativo el "tapeinoi" como pequeño y sencillo, es más Jesús lo compara con los niños cuando lo puso de ejemplo poniendo a un niño en el centro. La sencillez y pequeñez de un niño es el corazón limpio y puro, puesto que son los limpios de corazón quienes verán a Dios. Asegurando: "si no se hacen como niños (pequeños

y sencillos) no entrarán al reino de los cielos.”

Amén, amén, Santísima Trinidad.



Hoy celebramos el domingo de la duodécima semana del tiempo ordinario, como lo he venido haciendo, seguiré el esquema del Concilio Vaticano II: Ver, Juzgar y Actuar, para proponer a su consideración la homilía.

1. VER cómo uno de los grandes profetas, y no solo por sus escritos, es Jeremías, autor del pasaje de la primera lectura, donde nos da testimonio de cómo Dios fue su amparo y salvador ante el poder de los malvados. Y seguramente, como este profeta ante los diversos ataques que las personas llegan a vivir en carne propia por familiares y extraños les viene esa petición de "haz que yo vea tu venganza contra ellos, porque a ti he encomendado mi causa." Sin embargo, eso hoy en día es alimentar el rencor en lo más profundo de nuestro corazón, pero te aseguro que como san Pablo dice de Alejandro el herrero, que le había hecho tanto daño: "Dios le dará su merecido". La vida es así de sencilla, si siembras calabazas te da frutos, si siembras abrojos, te da espinas. Esta vida es como un bumerang, siempre se te regresa, si bendices o maldices eso mismo recibes.

2. JUZGAR. La larga y exhortativa carta de san Pablo a los romanos, cuyo pasaje hemos leído en la segunda lectura, en ella se nos muestra la solidaridad en la condenación, a fin de exaltar la gracia que se nos ha dado en Jesucristo. Nos hace falta urgentemente ese criterio para opinar y hablar,

hoy en día hay tantos juicios gratuitos y fortuitos que algunas personas por defender terminan por ofender. Antes de hablar hay que ponerse en los zapatos del otro, ser más empáticos, evitar denostar y dilapidar. No falta quien todo lo canoniza o todo lo sataniza, bueno con decir que hasta en esta contingencia sanitaria vio en la medida preventiva de la comunión en la mano una maquiavélica acción de los llamados "Illuminati". No estará de más pasar por el filtro advertido por Jesús: "De la abundancia del corazón, habla la boca", y "donde está tu tesoro, ahí está tu corazón."

3. ACTUAR. Cuando Jesús envió a sus apóstoles a predicar les dijo que no teman, él será su apoyo ante el Padre. La providencia de Dios está en todo, en su reguardo hacia nosotros, en las prudentes palabras que nos sugiere, en los actos responsables a los que nos reta con el uso correcto de nuestra libertad y sobre todo en las decisiones que tomamos basados en nuestros valores y convicciones.

La vida nos ofrece oportunidades que no vuelven, tal vez haya personas que aplazan la gracia de Dios porque pudiendo ponerse en paz evitan confesarse para que el sacerdote no piense mal de ellos. ¡Si supieran que ni tiempo tenemos de eso! Otros aplazan su felicidad cuando piden a Dios que nada más les de la oportunidad de ver a sus hijos casados, luego ya solo quieren ver un nieto, los quieren ver que sus hijos tengan estabilidad y salud,

por vivir proyectados en el futuro se angustian y se olvidan de vivir intensamente el presente. Otros más, ante el diario acontecer olvidan que Dios se ha revelado en su Palabra, que se manifiesta en los acontecimientos del mundo y ante los sucesos de la naturaleza, todo lo quieren escuchar de una autoridad y así no hay peor ciego que el que no quiere ver.

Con lo dicho antes bien podemos concluir lo siguiente: Quien a Dios no conoce a cualquier santo se le hinca. Todo el que conoce a Dios lo ama, lo sigue y lo sirve porque se sabe amado y contenido por Dios ante toda prueba de la vida que lo hace más fuerte como a los atletas. Quien por quedar bien con los demás oculta su saber, Dios lo dejará a su propia suerte pues está haciendo un lado a Dios mismo. La Iglesia no deja de ofrecernos en los santos vidas ejemplares de hombres y mujeres que son héroes en la fe, la esperanza y la caridad. Los santos son más para imitarlos que para celebrarlos. Muchas veces pienso en ¿cuál será el sentir de los mártires que dieron muestra heroica de su seguimiento a Jesús y la manera en que se les celebra, y muchas veces de forma inadecuada y más pagana que cristiana? porque hay muchas cosas que hacemos para celebrar y que son un contrasentido de lo que Dios ha querido, eso es lo que Jesús nos dice en el pasaje del evangelio de hoy tomado de san Mateo: "A quien me reconozca delante de los hombres, yo también le reconoceré ante mi Padre, que está en los cielos, pero al que me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre, que está en los cielos." Y asegura en otro pasaje: "vendrá y me dirán: 'Señor, hemos estado contigo, hemos comido y bebido', y yo les diré: 'No los conozco'."

Amén, amén, Santísima Trinidad.

JUNIO 24: Natividad de san Juan Bautista

(Ciclo A)

Primera lectura: Isaías 49, 1-6; Salmo: 138; Segunda lectura: Hechos de los Apóstoles 13, 22-26; Evangelio: san Lucas 1, 57-66.80



Hoy celebramos el nacimiento de Juan el Bautista, y solo de él y de la Virgen María tenemos dicha celebración.

Para comprender mejor la vocación de Juan el Bautista, el precursor de Jesús, hoy se nos ofrecen en la primera lectura el oráculo del gran profeta Isaías, de quien se nos hace presente su vocación. Se trata de una elección desde antes de formarse en el seno materno, del poder de tener lengua afilada y punta de lanza certera, de ser protegido por Dios en el hueco de sus manos y sobre todo de hacer de él faro luminoso para que lleve la salvación, por eso su misión es universal siendo luz de las naciones para llevar la salvación hasta los últimos rincones de la tierra.

Con la segunda lectura, san Pablo, en el pasaje de los Hechos de los apóstoles afirma claramente que la misión de Juan el Bautista fue preparar la venida de Jesús, el Salvador.

Y el pasaje del evangelio de san Lucas nos lleva al momento del nacimiento de Juan, se entreve la austera formación que el Señor quiso para él, haciendo de él el hombre del desierto “hasta el día en que se dio a conocer al pueblo de Israel”.

El regocijo de Isabel y de los vecinos por el

nacimiento de Juan es un énfasis de la lectura de hoy. La descripción de la circuncisión y de la imposición del nombre nos hace ver una peculiaridad: “en señas le preguntaban a Zacarías ¿cuál sería el nombre?”, un momento, Zacarías dudó y mudo se quedó, no sordo! ¿Por qué le preguntan con señas?, eso mismo dice el relato sobre el momento de la revelación de la concepción anunciada por el ángel, y también cuando salió del templo se comunicaba con señas con el pueblo. Explico, por un acto reflejo cuando un sordo se comunica por señas nosotros respondemos de la misma manera casi suponiendo que no escucha. Y esa es la razón de que le hablen con señas, pero en el nacimiento de Juan ahora Zacarías escribe en una tablilla el nombre: Juan. Eso no da cabida a duda alguna. La personalidad atrayente de Juan el Bautista será tan fuerte que tendrá discípulos incluso tras su muerte y Pablo llegará a tener que decir que Juan es el precursor puesto que había quienes no habían conocido al Espíritu Santo.

De Juan el Bautista diría Jesús que “ninguno nacido de mujer ha sido tan grande, sin embargo, en el reino de los cielos quien siga y sirva permaneciendo y perseverando con Jesús será el más grande.

Amén, amén, Santísima Trinidad.



Propongo con el esquema del Concilio Vaticano II: Ver, Juzgar y Actuar, la homilía para este trigésimo domingo del tiempo ordinario.

1. VER con el pasaje de la primera lectura tomado del segundo libro de los reyes, cómo Dios premia la hospitalidad, que además es mandato tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. El profeta Eliseo bendijo con el poder de Dios a la familia que no tenía hijos y los había recibido y atendido amablemente. El profeta con frecuencia les visitaba, pero es descrito como "hombre de Dios". Esa sola expresión es motivante para que todo lo que hagamos lo hagamos en el nombre del Señor, ser un hombre o mujer de Dios implica toda la persona, toda la vida, estar empapados de Dios por dentro y por fuera, y eso sólo es posible si se tiene experiencia de Dios. Los conocimientos son muy buenos, pero no pasaría de ser una Biblioteca ambulante, lo importante es el encuentro y el intercambio con Dios como amigos fuertes.

2. JUZGAR. En la carta de san Pablo a los romanos, que venimos leyendo de forma semicontinua, ahora se nos enseña cómo en bautizo nos introduce en el misterio de la salvación, es decir que es nuestra carta de identidad, nuestro pasaporte y visa de acceso. Lo importante es que el creyente se sumerge en el agua, muere con Cristo y, al salir del agua, resucita con él. Bautizar significa sumergirse todo completo en la vida de Dios y Dios nos empapa totalmente de

su vida divina, por eso la descripción de la pascua de Jesús es clara, como él pasamos de la muerte a la vida. En otro lado dirá: "Los que hemos muerto con Cristo, resucitaremos con él".

3. ACTUAR. Jesús en el pasaje del evangelio de san Mateo, propuso a sus apóstoles dejarlo todo, prometiendo bendiciones a quienes los recibieran.

El llamado de Jesús es radical, al grado de que el amor a él ha de ser más fuerte que los propios padres; tan fuerte que ha de ser capaz de cargar la cruz y seguirlo. Y cómo cada uno de los que le han seguido fueron, son y seguirán siendo una bendición para quienes los reciban. La conclusión sobre el vaso de agua dado al profeta nos conecta con la bendición que Dios, dio a través del profeta Eliseo a la familia que le acogía.

La recepción y hospitalidad a los apóstoles o enviados de Jesús es a tal grado que san Juan en su tercera carta da una tremenda reprimenda a un obispo malo llamado Diotrefes que no ayuda y trata mal a los evangelizadores itinerantes.

Hoy la Iglesia está recuperando su misión principal, que es evangelizar, ser misionera, ir a las periferias, pero no lo ha de hacer por proselitismo, sino por verdaderamente anunciar con la propia vida la

Vida divina de la que es portadora, y ha de estar confiada en su Señor porque antes de que los misioneros lleguen, Jesús ya los espera, él fue y será el más grande evangelizador y el protagonista de la evangelización es el Espíritu Santo.

Amén, amén, Santísima Trinidad.

JUNIO 29: Santos Pedro y Pablo Apóstoles

(Ciclo A)

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 12, 1-11; Salmo: 33; Segunda lectura: Timoteo 4, 6-8. 17-18; Evangelio: san Mateo 16, 13-19



En este día celebramos la fiesta de la comunión, pues celebramos a dos columnas de la Iglesia: los apóstoles Pedro y Pablo.

Un poco de historia, en el año 303 se celebraron 20 años del emperador Dioclesiano que trato de salvar el imperio romano con la tetrarquía; Constantino vencerá como emperador la diarquía y queda como absoluto de todo el imperio. Tras la muerte del emperador Teodosio I en 395, el Imperio se divide definitivamente en dos. El Imperio Romano de Occidente tendría su capital en Roma, mientras que el Imperio Romano de Oriente tendría su capital en Constantinopla. Esta división recoge parte de los problemas que había detectado Diocleciano en cuanto a la extensión del imperio, su organización y control, y en cuanto a su defensa frente a los enemigos exteriores, sobre todo los bárbaros. Con esta división se hace patente que el centro de gravedad del Imperio Romano se traslada hacia Oriente, donde existía una mayor riqueza económica y comercial.

Diocleciano efectuó una importante reforma administrativa por provincias. Más importante fue la reforma de la administración provincial. reorganizó el imperio y redistribuyó provincias, creando un nuevo sistema basado en grandes circunscripciones territoriales (prefecturas) de las que dependían otras intermedias (diócesis), en las cuales se agrupaban las provincias.

La organización administrativa del Estado quedó de la siguiente manera:

- Provincias. Territorio administrativo gobernado por un praesides y que dependía de una diócesis.
- Diócesis. Territorio administrativo gobernado por un vicario y que dependía de una prefectura.
- Prefectura. Territorio administrativo gobernado por un prefecto. Las prefecturas fueron las siguientes: las Galias, Italia, Iliria y Oriente.

La redistribución de las provincias y la creación de diócesis y prefecturas influyeron en la organización de los estados medievales y de la Iglesia Católica.

Lo dicho antes es con el objeto de que tengas claro de dónde vienen los términos de provincia, diócesis y vicario, entre otros.

Centrados en el objeto de esta fiesta de las columnas de la Iglesia. Para lo cual la primera lectura, tomada de los Hechos de los apóstoles, nos relata la liberación milagrosa de Pedro, como respuesta a la oración de la Iglesia unida, cuando el apóstol se hallaba preso en Jerusalén. Y la segunda lectura, tomada de la segunda carta de Pablo a Timoteo, nos refiere el último mensaje de Pablo a su discípulo Timoteo, estando prisionero en Roma y dispuesto al martirio.

Y el pasaje del evangelio nos hace presente la fe inquebrantable en Jesús que convierte a Pedro en piedra fundamental de su Iglesia. Con lo cual hemos de tener presente lo siguiente: La Iglesia es de Jesús, por lo cual también podemos decir: La Iglesia y su Jesús. Pedro es la Piedra sobre la que se edifica la Iglesia, pero Jesús es la roca firme que la sostiene; Pedro recibió el poder de abrir y cerrar; de perdonar y de no perdonar, pero sobre todo la Iglesia es sacramento de salvación, la Iglesia existe para evangelizar y para esos se organiza en todo el mundo en Provincias y Diócesis que guardan comunión con el Romano Pontífice. Las porciones del pueblo de Dios que peregrinan en las diversas partes del mundo son porción de la Iglesia, por eso en cada Provincia y en cada Diócesis se ha de ver reflejada la Iglesia Universal, Unida bajo un solo rebaño y conducida por el único Pastor que le ha confiado al sucesor de Pedro ser su vicario, su representante en la tierra, sin embargo la Iglesia debe estar permeada del espíritu misionero de Pablo sino no sería católica, que significa abierta y universal, nunca cerrada ni autoreferenciada.

Amén, amén, Santísima Trinidad.